



¿SE NECESITA MÁS?

¡La Cruz!
He ahí el símbolo de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo santo. Cristo, al morir en ella, le dió esa virtud.
Y es que al decir Cruz, decimos Cristo: son dos ideas inseparables. Mejor dicho, son una sola idea.
Y Cristo es la Verdad eterna.
Y Cristo es el Bien inacabable.
Y Cristo es la Hermosura infinita. Cristo lo es todo porque Cristo es Dios.
Nada hay verdadero que se oponga a su Verdad.
Nada hay bueno que se oponga a su Santidad.
Nada hay bello que se oponga a su Hermosura.

De espaldas a Dios todo es mentira y pecado.

Alma que vive de El es alma grande.

Grande por la vida infinita que atesora.

Grande por la fuerza inquebrantable en que se apoya.

Grande por la luz inextinguible que la alumbra.

Grande por la paz inalterable en que se mueve.

Es Dios que le comunica pedazos de su grandeza.

Importa poco su corteza interior.

Dentro de conchas, por de fuera ennegrecidas y ásperas, Dios deposita perlas.

Y entre pedazos de cuarzo, diamantes.

Y en los salientes del peñascal, flores delicadísimas.

Así las almas.

Las hay grandes, de una grandeza soberana, entre las últimas capas sociales.

Almas que no trabajó la cultura.

Almas que no trabajó la educación social.

Almas que ha trabajado Dios porque a su Amor se arrojaron y de su vida viven.

Almas que Dios agrandó para caber en ellas con más holgura y poder depositar en ellas mayores abundancias de sus dones.

Almas que dejan raudales de luz por donde quiera que pasan.

Y aleteos de felicidad por donde quiera que discurren.

Y semillas de bien en surcos de abnegación en donde quiera que sus plantas posan.

Son almas que viven a la sombra de la Cruz.

No podrían tampoco vivir en otro lugar.

Ni respirar otro ambiente.

Ni recibir otra savia.

Ni de descansar en otras tiendas.

Cuando se ha gustado de Cristo, todo lo que no es El es amargo.

Y cuando se ha vivido de El, otra vida que no sea la suya es muerte.

Y cuando se ha descansado en El, otro lugar de descanso no es de descanso, es de martirio.

Gustadlo y vedlo.

Es ésta la única escuela en donde esta ciencia se aprende.

Más que cien discursos sobre la dulzura de la miel enseña una sola gota de miel gustada y saboreada.

Más que cien discursos elocuentísimos sobre el calor del sol enseñan unos rayos del sol acariciando los miembros ateridos de frío.

Para aprender a Cristo hay que gustar a Cristo.

Por esto se sabe poco de El.

Y se le ama poco a El.

Es que se le gusta poco.

Parece que se le tiene miedo.

Miedo a la austeridad de su Santidad.

Miedo al peso de su Verdad.

Miedo a las exigencias de su Amor.

Por lo que exige de elevación de espíritu.

Y de abnegación de voluntad.

Y de sacrificios del corazón.

Y de desprecio de las cosas terrenales.

Todo grande, todo pesado, todo abrumador para el que no ha gustado a Cristo.

Cuando se le ha gustado, todo eso es pequeña cosa, ligera carga, yugo suavísimo.

Fuente de alegrías purísimas.

Manantial de consuelos inefables.

¡Si las almas se decidieran a gustar a Cristo!

¡Oh, cuánto más se le conocería!

¡Y cuánto más se le amaría!

¡Y cuánto mejor se le serviría!

Por esto el gran apostolado y el

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 7 Mayo 1926

Núm. 649

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo camino del Sábado).

apostolado más urgente es llevar las almas a que gusten a Cristo.

A que le gusten en las dulces sabrosidades de la oración.

Y en las suavidades inefables de la Comunión.

Y en la fuerza nutritiva de la abnegación.

¿Cómo levantarían sus tiendas a la sombra de la Cruz?

¿Y cómo el Amor de Cristo las arrullaría encendiéndolas y abrasándolas?

¿Se necesita más para renovar las almas y regenerar los pueblos?

M. DE SANTA CATALINA.

¡YO QUISIERA...!

Si fueran míos los mares,
los montes y las estrellas,
los bosques con sus misterios,
las fuentes y las praderas
con sus flores, sus aromas,
sus encantos y bellezas;
si fuera mío todo esto,
todo a tus pies lo pusiera
y aún me quedara con ganas
de darte el cielo y la tierra,
si tú los necesitaras,
o si tú no los tuvieras.
Pero yo no tengo nada,
nada, Madre, esa es mi pena;
sólo tengo muchas lágrimas
que se asoman y se aprietan
en las cuencas de mis ojos
por salir aprisa fuera.
Lágrimas yo te daría,
¡vaya una gracia la nuestra!
¡Lágrimas!, madre querida,
como si tú no tuvieras
por tantos hijos ingratos
muchas lágrimas y penas
que sufrir y que aguantar,
madre, la más santa y buena.
Mi jardín está agostado,
no hay flores, no hay yerba buena,
que todo me lo ha abrasado
la escarcha... si Tú quisieras...
Pero no me atrevo, Madre,
yo quisiera, yo quisiera,
no, no, no debo atreverme.

eres mi madre y mi reina;
como Madre, si me atrevo,
mas como reina, no quiero,
por ser falta de respeto,
el cielo que yo me atreva...
Mas lo diré, Virgen Santa,
lo diré para que veas
a cuánto tu hijo se atreve,
que eso tiene el ser tan buena
Quisiera, Madre querida,
y, si es que falta, dispensa,
para el jardín de mi alma,
mucho flor y yerba buena,
mucho sándalo, albahaca,
muchas, muchas violetas,
romero, espliego, narcisos,
sobre todo, mucha menta
que llene todos los huecos
y aromatice las sendas;
que no penetre el gusano,
que no manche, que no muerda
las flores y los jacintos
para que tus hijos puedan
lajar a coger las flores
y en tu altar luego ofrecerlas.
Para eso, Madre querida,
yo quisiera, yo quisiera...
vaya, lo voy a decir:
Que fueras mi jardinera.

JULIO ASCANIO.



—Macario, Macario.

—Presente.

—Entra, hijo mío, entra. Ahora que la gente nos deja libres, vamos a ocuparnos un ratito de algo que nos interesa y en lo que tú todavía no has pensado.

—¿Qué pasa, pues?

—Estamos ya, hijo mío, en el mes de Mayo.

—Y estamos en la *misma* de siempre: "que estamos en Cuaresma, que estamos en Pascua de Resurrección, que estamos en el mes de Mayo". ¿No sabe *usted* más? Pues eso es muy poca cosa. Bueno, y *nosotros* ¿qué sacamos con que estemos en el mes de Mayo?

—Pues que es el mes de las flores.

—Hombre, ya me *paecía* a mí que saldría *usted* con una cosa así. ¿Con

que el mes de las flores? Ya lo cambiaría *usted* por el mes de los conejos, u de las perdices.

—No, por cierto.

—U el mes de las morcillas, que ya no m' *alcuerdo* cuál es, que de chico gozaba yo mucho; *pué* que el Gobierno lo *haiga* suprimido, porque era el mejor mes del año, y nunca l' *hi* oído a *usted* decir: "estamos en el mes de las morcillas".

—¡Oh, oh, oh!

—Si, haga *usted* *ascos*, que mal que *nos* vendría *ahura* una morcillita con un par de huevos *alredor*.

—Pero ¿tú crees que yo te he podido llamar para hablar de las morcillas?

—No, *siñor*, no *tié* *usted* esas *ocurrencias*; a *usted* eso no le ocurre nunca, desgraciadamente; pero a mí

m' *ocurre* eso a *cá* paso. Muchas veces se l' *hi* hecho a *usted* a la memoria, *pa* ver si picaba; pero que si quieres, como si *hubiá* dicho un *pecao*. Hacia *usted* la *siñal* de la Cruz, como si *fuá* el diablo, a la pobrecica morcilla, y yo, al ver aquel desprecio y aquella falta de respeto, le pedía a nuestro *Siñor* que no lo *tuví* en cuenta de la cuenta que *hae* dar *usted* de ese y otros pecados como ese, que algún día s' acordará y dirá: "¿Qué razón tenía Macario; yo que l' *hubiá* hecho caso! Mi pobrecica Madre m' enseñó otros *prencipios* y otra *ducación*, gracias a Dios.

—Bueno, pero después de todo eso, ¿es mentira acaso que estamos en el mes de Mayo?

—No, *siñor*, no es mentira; pero tampoco es *pecao* el que yo le diga a *usted* que m' alegraría que *usted* se *devanara* un día alegre y contento y me dijera: "¡Alegrate, Macario, *se-mos* felices, que estamos en el mes de los conejos y de las perdices y *nus* tocán a media *ocena* por cabeza y por día".

—Pues eso no te lo diré nunca.

—*Masian* lo estoy viendo; yo voy *pol* camino e la *verdá* y *usted* *vence-versa*.

—No sólo de pan vive el hombre.

—Ya estamos en la *misma*. Pues por eso *mesmo* que no sólo de pan vive el hombre, debemos *agenciár-nus* otras cosas, porque el pan solo es *mu* triste. Tire *usted*, hombre, tire *usted* una *miaja* a la *drecha* y entrará *usted* en el camino de los conejos, que al pan nuestro de cada día le hacen *guena* compañía.

—Volvamos a lo nuestro: estamos en el mes de Mayo.

—¿No l' *han* enseñao otra cosa?

—¿Qué ridículo estás! Quieres hacer un verso y te sale una berza.

—Pero si yo no como otra cosa más que berzas, que *quié* *usted* que saque?

—Al decir que estamos en el mes de Mayo quiero decirte que estamos en el mes de las flores, de las dulces flores, de las hermosísimas flores.

—Anda *p'* *alante*; átate la faja que t' *arrastra* *pol* suelo; ¡quién *fuá* flor!

—¿De veras quisieras ser flor, Macario?

—Hombre, si; me gustaría ser flor, aunque no *fuá* más que ababol, *pa* oíme esos piropos que *tié* *usted* *pa* las flores. Pero por lo *enás*, yo le daría a *usted* *pa* comer en *to* las comidas un plato de flores, de *to* las clases, *ca* plato de una flor, ¿a que las aborrecía *usted* antes de *probalas*? No me diga *usted* que no, porque le diré...

—Nada, no dirás nada. Además de el mes de las flores es el mes de la Virgen santísima.

—Mire, si *hubiá* *usted* *escomenzao* por ahí, ya *hubíamos* *acabao*.

—¿Pero es que tú ignoras que el mes de Mayo es el mes de la Virgen santísima?

—Hombre, yo le diré a *usted*. Ya había oído algo *deso*; pero como se dicen tantas cosas...

—Pues sí, el sentido común cristiano ha ofrecido, o lo que es lo mismo, ha consagrado el mes de Mayo a la Virgen santísima, nuestra Madre, y con mucha razón. ¿Tú no sabes que la Virgen santísima ha sido la criatura más hermosa de la Creación?

—¿*Quié* *usted* decir que la Virgen santísima era muy guapa?

—No, no quiero decir eso; no es lo mismo ser guapa que ser hermosa. Ser hermosa es mucho más que ser guapa; de modo que se puede ser guapa sin ser hermosa. Ser guapa se refiere principalmente a su ser físico; ser hermosa, sin despreciar la belleza física, se refiere principalmente a la belleza integral que comprende lo mismo la parte física que la parte moral. En una persona hermosa, se ve, se siente, se adivina a la belleza moral dominando y presidiendo todo el conjunto humano. Así te explicarás que muchas personas sean guapas, pero con una guapeza que nos repugna; en esa guapeza no se ven, ni se oyen más que los casca- beles de la fanfarria, no se ve nada que domina con esa fuerza soberana que todo lo conquista y avasalla y que está sobre todos los accidentes de acá abajo. Por eso la guapeza se pierde pronto con los años: es flor de un día que el viento la destroza y el sol la marchita. La hermosura, no; está sobre el tiempo y no se pierde con los años; al contrario, los años suelen ser su mejor adorno. La Virgen, pues, no puede decirse que fuese guapa, aunque tampoco se niega que lo fuese; lo que sí puede y debe afirmarse a boca llena es que fué hermosísima, sobre todas las obras de la Creación. ¿No lo crees así, Macario?

—No le *può* decir a *usté*, porque no la *hi* visto.

—Tampoco yo la he visto y, sin embargo, lo afirmo con todo el convencimiento de mi alma cristiana, y los mejores ratos de mi vida los paso pensando en que es mi Madre, que me quiere y es mi amparo y mi apoyo.

—Quite *usté* hierro, hombre, quite *usté* hierro.

—Oye, ¿pero es que tú no crees que es nuestra Madre?

—Hombre, es un decir, como las madres dicen a sus crios: sol, lucero, príncipe, *ray*. Así pienso que es la Virgen: *raina*, estrella, puerta del cielo, como si la Virgen *fué* de madera.

—No, no, no, la Virgen es nuestra Madre.

—Oiga, sí, *ñññ*, Manolico el carnicero le llama padre al tío Simón y madre a la *ñññ* Escolástica; pero *toos* sabemos que no es *verdá*; que lo sacaron de la Inclusa de pequeño, pero que ellos no son padres verdaderos; pues así pienso que es la Virgen.

—No, no, no. Jesucristo fué Hijo verdadero de la Virgen y, por la Encarnación, se hizo Hermano nuestro.

—Pero es un parentesco lejano, sí, *ñññ*.

—Nada de eso. San Agustín dijo: *Ideo factus est homo ut homo fieret Deus*.

—Hombre, no hable *usté* en latín, que *paice* que estamos en carnaval.

—Quiero decir, hijo mío, que con la gracia y los Sacramentos, sobre todo el Sacramento de la santísima Eucaristía el hombre resulta elevado a una vida sobrenatural, a la misma vida de Jesús, y como Jesús es hijo de María, y como nosotros nos hemos hecho una misma cosa con Jesús, nos hacemos también verdaderos hijos de María; pues llevamos la misma carne de Jesús, que es carne de María. Y con el cariño de madre nos ama y nos cuida, y con el cariño de hijos verdaderos debemos amarla y servirla.

—Eso sí; de *güena* gana lo dejaría a *usté* hoy *mesmo* y m'iría a servir a casa de la Virgen, aunque no *fué* más que por la comida; si me daba salario, mejor; pero, *quie* *icise*, que mejor serviría a la Virgen por nada que en otro *lao* con doble salario. *Aemás*, con el genio que debe tener la Virgen santísima, que no s'incomoda nunca; si te *devantas* a las cuatro de la cama, como si te *devantas* a las ocho, igual. Pues en su casa, las coles no las catan, ni saben lo que es eso.

—Pero de ¿dónde te sacas esas cosas?

—Me lo figuro.

—No vayas tú a creer que el ser bueno consiste en no incomodarse nunca. La Virgen santísima sabe hacer el serio y manifiesta su disgusto cuando no se obra bien.

—*Puá* ser, pero voy allá y le digo: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros... Y antes de acabar, me manda callar y me dice: Vaya, entre *nusotros*, todo se ha *pasao* y... tan amigos como antes. No como aquí, que *usté* s'acuesta renegando y se *devanta* siempre con la *mesma* canción. *Aemás*, na más pensar que yo, *u sease*, un servidor, *pa* que lo entienda *usté* mejor y se tire de los pelos, tomaría mi chocolatico del *mesmo* chocolate que toma la Virgen santísima, me pongo todo como un meringue. Llegarian las cinco de la tarde y me llamaría la Virgen santísima y, con muchos modos, me diría: Macario, m'habrás de hacer el chocolate. Y yo le contestaría: *Ñññ*, al momento. Cogeria mi chocolate, que es mejor que el que toman los *angeles*, porque es un chocolate especial que lo hacen a mano, *pa* Ella sola, que el tío Francisquico sabe mucho de eso. Cogeria, digo, mi chocolatico y, entre las manos y los dientes lo haría trizas.

—Bruto, ¿tus dientes van a tocar el chocolate de la Virgen?

—Sí, *ñññ*, pero sin *malcalo*, sino sólo *partilo*, que sé yo lo que corresponde, y *partilo* con los dientes no *tié* que ver. Luego, cuando esté un rato al fuego, meto un dedo de prisa, *pa* ver si está ya.

—¿También un dedo? Mira, deja ese chocolate que ya huele.

—¿Por qué? ¿Porque *hi* metido el dedo limpio como los chorros de agua, porque allí me lavaré *to* las semanas.

—Bueno, ¿has terminado ya de barbarizar? Bastante paciencia he tenido. ¡Criado de la Virgen!, como si la Virgen no tuviera quien poner a su servicio; ni la Virgen podía llegar a menos ni tú a más.

—Pero ¿qué sabe *usté* la relación que ha habido entre mi familia y la Virgen santísima, con San José y todo, que mi pobreca madre se *golvió* loca de tenerlo en casa y *tratalo* como corresponde que, si le preguntáramos a la Virgen, se desharía en lenguas, y diría: "¡Pobre *ñññ* Quiteria, cuánto m'alcuerdo de ella que, no sea por *retraillo*, le rezo *to* los días *pa* que salga del Purgatorio".

—Vaya, eso ya no se puede consentir; todo tiene un límite; basta, basta, basta. ¿Ves lo que consigues con tus majaderías? Un día perdido, ¡yo que quería hablar de la Virgen santísima en su mes de Mayo!

—Lo *mesmo* da, ya *hi* *hablao* de la Virgen con el respeto que se merece.

—Has hablado como un *cazorro*.

“Virgen santísima, Tú que eres tan buena, sé nuestra Madre. En este valle tan triste, por donde vamos arrastrando nuestra pobre existencia, no tenemos madre; ¡si vieras qué triste es no tener madre! Vamos a merced de los vientos, sin más luz que la luz de los relámpagos, en esta cerrazón horrible en que nos envuelven nuestras propias miserias. ¡Qué noche tan larga! Y la tempestad no cesa de rugir con el tronar espantoso que brota de sus entrañas. La nave de nuestra vida, al furor de las olas, se ha abierto y entra el agua salada por todas las partes. Llamamos a los cuatro vientos y no nos contesta más que la voz del huracán cada vez más furioso. ¡Si Tú quisieras subir a cubierta y encargarte de los remos, ya casi deshechos, remando, remando, tendríamos la esperanza de llegar a puerto feliz. Trae tu mano; ponla aquí, en mi frente y seca el sudor que la envuelve como un sudario. ¿Ves? es un sudor frío, como el de la muerte; pobre madre, no sufras, ¿qué culpa tienes tú? No llores; el verte llorar me hace más desgraciado. Además, a tu lado no hay desgracia posible. Madre, ya no creo en el mundo; el mundo es un charlatán que no sabe curar las penas del alma. Creo en Ti y en tu Hijo Jesús, que tenéis palabra de vida eterna.

EL MAGO.



ECOS DEL SAGRARIO

Es dulce todo lo que toca la miel.
Es caliente todo lo que toca el fuego.

Ve si la Virgen será dulcísima.
Y si será amantísima.
Y si será misericordiosísima.
Y si será omnipotente su interce-
sión.

No sólo Dios la tocó, la penetró.
Y no sólo la penetró: cuando quiso hacerse Hombre, de la carne de la Virgen tomó su Carne, y su Sangre preciosísima de la sangre de la Virgen.

Paso a la vida.
Paso a las hojas que visten de gala a las ramas de los árboles.

Paso a las flores que llenan de aromas los montes y los collados, nuestras praderas y nuestros jardines.

Paso a las aves que vienen a alegrar las selvas y los bosques.

Es la vida riente que brota por todas partes.

La primavera es quien la trae.
La primavera con sus aires tibios.
La primavera con sus besos acariciadores.

Cabe pensar lo que será la primavera de las almas al suave contacto con Dios.

¡Cuánta vida en ellas!
¡Cuánta hermosura!
¡Cuánta armonía!

Dios no ha de ser más espléndido con la tierra que con las almas.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



En esta HOJA PARROQUIAL, hemos de celebrar y ensalzar el triunfo de Alcobendas, en las Conferencias provinciales. Creo no haya habido población en la que se hayan dado 14, en el curso de Noviembre a Marzo, que es lo que dura la escuela de adultos. Recordarán nuestros benévolos lectores la reseña dada en números anteriores de esta HOJA, como también la del acto patriótico realizado como homenaje a los ínclitos aviadores Franco y compañeros. Resta añadir las conferencias del señor Cura párroco, hablándonos, el 20 de Febrero, del respeto a los ancianos, a los padres y a las autoridades; el 27, don José Páramo, en un estudio bien cortado y terminado, nos habló de "Divagaciones y elucubraciones útiles"; don Felipe Sánchez, el 6 de Marzo, de "la tuberculosis en el hombre y bovina, su transmisión y profilaxis", con mucha ciencia y erudición, terminando el 18 de Marzo, el señor Cura párroco, con el tema "Grandeza de España", y don Emilio Casado, maestro nacional, que nos habló del ahorro y previsión, estando muy acertado en sus apreciaciones y en un gran sentimiento moral. Todos fueron aplaudidos. Nuestra enhorabuena, extensiva a las dignas autoridades, a las personas que honraron con su presencia, a los adultos y al pueblo.

Fiesta de la Bandera

El sentimiento que más ennoblece el corazón del hombre es, sin duda, el amor de la Patria, de esta tierra regada con sangre de nuestros progenitores, que guarda en su regazo el sepulcro de nuestros padres, que sostiene el templo donde aprendimos a orar, y este sentimiento que ocultamos, como a las miradas profanas, en lo más recóndito de nuestros corazones, y como comprimido en los vaivenes normales de nuestra vida; cuando un acontecimiento rompe la monotonía que había sumido nuestro ser en la quietud y sosiego, irrumpe ese sentimiento con las vibraciones del entusiasmo y se desborda cual torrente impetuoso haciendo acallar las pasiones, para servir únicamente al ideal de la patria, despertando energías enervadas, cuanto más ocultas, modulando todo nuestro ser de españoles y patriotas un himno cadencioso de rítmica armonía en unísono concierto, en la que descuella siempre la tónica sensible del amor patrio. Este amor es universal, consciente, único entre todos los sentimientos humanos, y se percibe, lo mismo en la ciudad que en el campo, en las luchas de la vida como en la tranquilidad estóica de quien nada teme, pero, sobre todo, se siente cuando, lejos del rincón del hogar paterno, busca el guerrero, el caminante, el hombre de negocios, algo que mitigue esa pena tan honda, tan profunda que se llama la nostalgia de la patria, motivada tal vez por la suerte aviesa que ha profanado y ha

disgregado la familia, separándola de aquella tierra bendita con sus sudores y lágrimas. Ese sentimiento adquiere toda su grandeza, al contemplar la enseña de la Patria, la bandera, símbolo de nuestra raza, de nuestra grandeza, de nuestra historia, de nuestra España. Y porque simboliza a nuestra Patria, al verla nos descubrimos con respeto y la saludamos con amor; y si alguno osara pasar ante ella sin prestar el homenaje que debe, decid muy alto que es antipatriota y merece el escarnio de los hombres nobles y de corazón recto. Por eso, considerando como una necesidad imperiosa y que se hacía sentir desde mucho tiempo, unidos los ilustres Ayuntamientos de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes, por los lazos de la fraternidad y solidaridad patriótica, acordaron regalar una bandera al cuartel de la Guardia civil de esta villa, señalando el día 25 de Marzo pasado, como la fecha de su bendición y entrega. Y, en efecto; los dos Ayuntamientos, reunidos en la Iglesia parroquial de Alcobendas, presididos por el señor Teniente coronel del benemérito Instituto, que ostentaba la representación del Excmo. Sr. Director general de la Guardia civil y el señor Teniente jefe de la línea, asistieron a la misa cantada por el señor Cura párroco, que aplicó por las almas de todos los guardias difuntos; concluida la cual, después de haber sido bendecida la bandera antes de la religiosa ceremonia, se trasladaron todos a la puerta del Cuartel donde, teniendo en sus manos la bandera la simpática madrina señorita Lucía Aguado Méndez, hija del señor Alcalde de esta villa, el señor Teniente coronel leyó unos párrafos que contenían la adhesión, la gratitud y los nobles sentimientos del Excmo. señor Director general, aceptando gustoso la bandera para el cuartel de Alcobendas; haciendo también uso de la palabra la madrina, los simpáticos alcaldes y el que suscribe. Después, en el salón de sesiones se sirvió a todos los invitados, que eran numerosos, y que no nombramos por evitar enojosas pretericiones, un espléndido lunch. Después la bandera, todo el día ondeó en la fachada del cuartel. Nuestra sincera enhorabuena a todos y para muchos años.

Movimiento parroquial

Bautismos

1925.—María Magdalena San José Moreno, Juliana Alcón Garrido, Manuel Aguado Gibaja, Alvara Díaz Aguado, Mariano, de Pablos Palacios, Paulino Baena Aguado, María de la Paz Villaplana Sanz, María Verduras Ibáñez, Angel Vázquez Escancilla, Rosa Aguirre Moreno, Santiago Llorente de Diego, Antonio Aguado López, Petra López Sobreviela, Ignacio Melendo Baena, Ana María Moreno Ruiz, Encarnación del Ro-

sario y de Cara, Pedro Aguado San José, Emilio Casado Yagüe, María del Pilar del Rosario Villaplana.

1926.—Vicente López Cao, Ramón del Olmo Campillo, Baldomero Rodríguez García, Juana Ramírez Cuesta, María de la Paz Gamarra Sánchez, María de la Paz Moreno Carazo, Tinioteo Aguado Perdiguero, Milagros Gibaja Melendo Narciso Alonso Gómez, Miguel González Cordero, Vicente Aguado Méndez, Petra Martín de Castro, López del Rosario Estebarán María de la Paz Burgueta Alonso, Ramón Sandoval Rodríguez, Dolores Gibaja Ventosinos, Vicenta Gamarra Moreno, Eugenio Alcalá Vázquez, Félix Honoria Azañedo, Justa Villaplana Aguado.

Defunciones

1925.—Francisco Ventosinos Sánchez, Francisco Aguado Gibaja, José Escorido Baena, Andrés Vila Herreros, Lucio Homobono Expósito, Isabel Díaz Romero, María Luisa Rodríguez Pastor, Concepción Baena Valdemoro.

1926.—Juana Aguado Cabello, Francisco García Muñoz, Nicanor Lagarto Ochoteco, Vicente Moreno Casado, Eugenio Valdemoro Lozano, Gabriel Aguado Ostoz, Matilde Frutos García, Pedro Soria Fernández, Jerónimo Aguado Méndez, Eugenio Alcalá Vázquez.

Matrimonios

1925.—Francisco Sobreviela Expósito, con Luisa Guadalix Vallés; Andrés Aguado Alvarez, con Isabel Valdemoro Perdiguero; Angel Ramírez Sanz, con Vicenta de la Cuesta Gibaja; Dionisio Díaz Aguado, con Francisca Gibaja Herranz; Félix Martín Astorga, con Antonia García Ramos; Guillermo Galán Eguiluz, con Faustina Perdiguero Aguado, Julián Baena Egido, con Luisa Muñoz del Campo; Antonio Rodríguez con Francisca de Paula Pasamar y Vera.

1926.—Victoriano López González, con Amparo Rodríguez Esteban; Eduardo García Puche, con Luisa Aguado Cámara; Braulio Fraile López, con Elena Sánchez López.

Noticias

Desde estas columnas hemos de dar un expresivo voto de gracias a las dignas autoridades que presidieron y organizaron todos los actos de la Semana Santa, y sin pasión decimos que pocos años ha sido tan brillante; a los señores profesores que dirigieron a sus respectivos alumnos y a todo este pueblo de Alcobendas que, con orden, compostura y religiosidad acudió a procesiones y sermones; así como nuestra enhorabuena a las señoritas Pilar y señor Carmona por el canto de sus saetas.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza